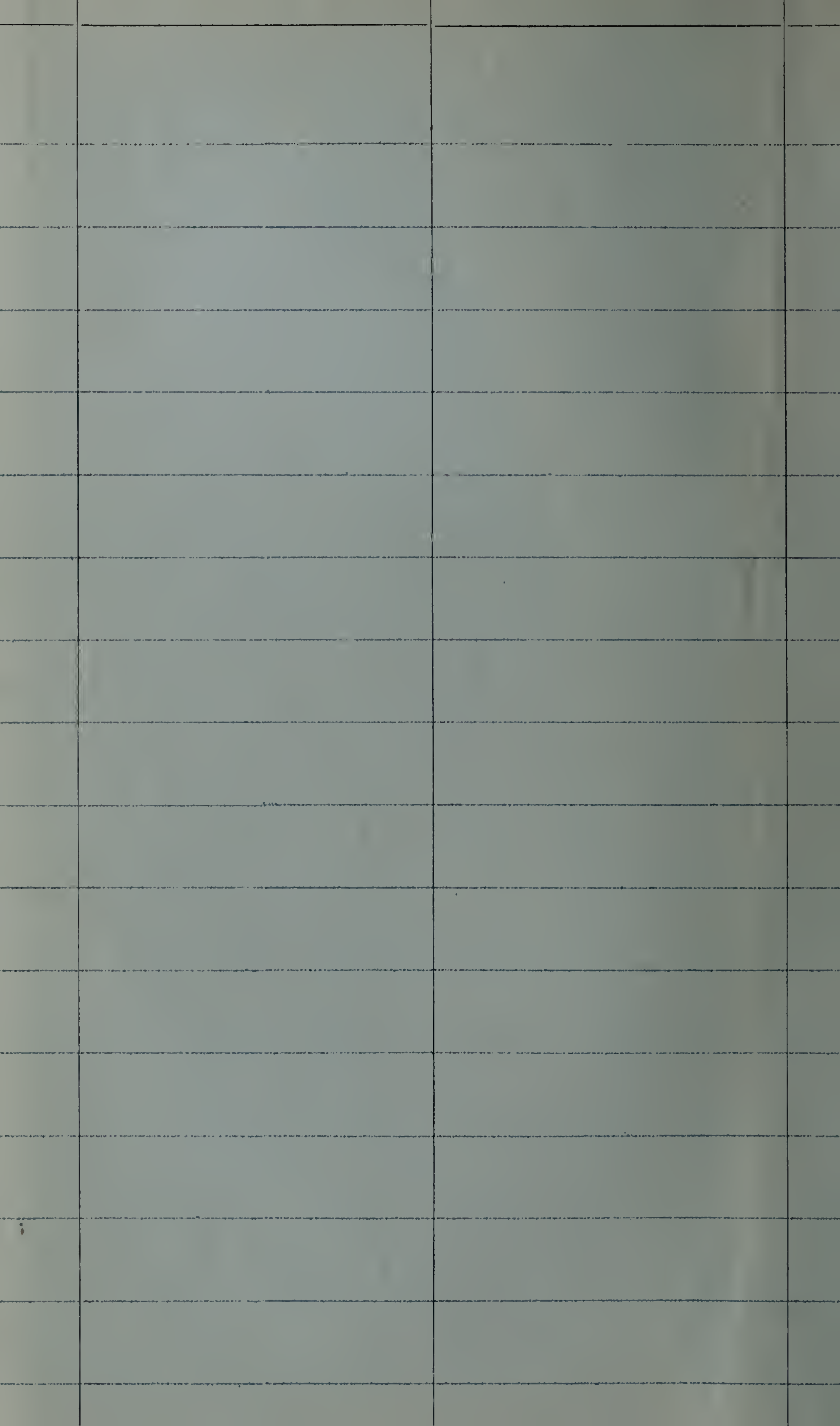
Ruy Blas

Drama lírico en 4 actos

Música del Maestro Felipe Marchetti

Madrid
1872



RUY BLAS

DRAMA LÍRICO EN CUATRO ACTOS

MÚSICA

DEL MAESTRO FELIPE MARCHETTI.



BARCELONA.
IMPRENTA DE TOMAS GORCHS,
calle del Cármen, núm. 38.

MADRID.
Librería de los Sres. Viuda é hijos de
D. JOSÉ CUESTA,
calle de Carretas, núm 9.

1872.

Personages.	Actores.
D.ª MARÍA DE NEUBOURG, reina de España.	
D. SALUSTIO DE BAZAN, marqués de Finlas, y primer ministro del Rey.	
D. PEDRO DE GUEVARA, conde de Camporeal y presidente del Consejo.	
D. FERNANDO DE CÓRDOBA, marqués de Priego, superintendente general de rentas.. .	
D. GURITANO, conde de Oñate, mayordomo mayor de palacio. .	
D.ª JUANA DE LA CUEVA, duquesa de Albuquerque, dama de honor de la Reina.	
D. MANUEL ARIAS, escudero mayor..	
RUY BLAS, criado de D. Salustio.	
CASILDA, dama de honor de la Reina.	
UN HUJIER.	

Damas de honor de la Reina,
Grandes de España.—Miembros del Consejo privado del Rey.—Guardias.—Pajes.—Hugieres.

La escena se representa en Madrid, parte en el palacio real, y parte en casa de D. Salustio.

La época á fines del siglo XVII.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon en el palacio real de Madrid. Dos puertas laterales, de las cuales la de la derecha conduce á las habitaciones, y la de la izquierda á ias antecámaras. En el foro una gran galería que atraviesa todo el teatro, formada de arcos con vidrieras, tapadas con ricas cortinas, que á su tiempo se levantan. Colgados á la pared dos retratos, uno de la Reina y otro del Rey.—Una mesa con recado de escribir, sillas, etc.

DON SALUSTIO en traje de terciopelo negro al estilo del tiempo de Carlos II, con el toison de oro al cuello y una ancha capa de terciopelo claro ricamente bordada, entra por la puerta de la izquierda. Está absorto y pensativo, mirando unas flores que tiene en la mano.

La aventura es graciosa!... Un hombre ha dejado estas flores de Alemania, que la Reina prefiere á las de España, en el parque donde ella acostumbra ir á pasear todas las mañanas. Al verme llegar, salta la pared y huye, sin que me haya sido posible verle el rostro, aunque me ha parecido reconocer la librea de uno de mis criados.... Vaya, que la aventura tiene chiste!...

ESCENA II.

Un PAJE, y dicho; luego D. GURITANO, viejo militar pero vestido con exagerada elegancia.

PAJ. Señor...
SAL. (guardando las flores en el jubon) ¿Quién es?
PAJ. El mayordomo mayor pide permiso para entrar.
SAL. Que pase.

Paj. (Se inclina y vase.)

Sal. Sin duda viene á hablarme de parte de la Reina.

Gur. (Entra precedido por el paje que se va en seguida.)

Sal. ¿Qué buena ventura me proporciona, señor Conde de Oñate, el placer de veros hoy tan temprano?

Gur. Vengo á traeros un delicado mensaje de la Reina, noble marqués de Finlas.

Sal. Sus órdenes son siempre acogidas por mí con agrado: ya os escucho.

Gur. Vos no ignorais cuánto proteje á su servidumbre; vos habeis seducido á la hermosa Arbella, la doncella que ella distingue con mayor afecto....

Sal. No lo niego; solo deseo saber qué es lo que pretende.

Gur. Pretende que repareis vuestro error.

Sal. Yo la amo.

Gur. Esto no basta.

Sal. (con seriedad) Qué mas quiere?

Gur. Que la deis vuestra mano, vuestro nombre y vuestro título.

Sal. Qué!...

Gur. Lo haréis así?

Sal. (con indignacion) Don Guritano!...

Gur. Es la Reina la que lo quiere.

Sal. Callad! Antes que todos los bienes de la tierra y que el real favor, he jurado conservar puro el honor de mi nombre, y el casamiento que me propone con una sirvienta, haria despreciable y vil el nombre de un Bazan.

Gur. Tampoco es digno de un Bazan haber jurado en vano fe y amor eternos á una jóven inocente...

Sal. Basta ya!...

Gur. Estais resuelto?

Sal. Sí, Conde, sí.

Gur. Entonces debo participaros la voluntad de la soberana.

Sal. (frunciendo el ceño) Y cuál es?

GUR. (con solemnidad pero cortesmente) Que antes que el sol vaya al ocaso salgais de Madrid, y para siempre.

SAL. (con sorpresa y enojo) Es esto cierto?

GUR. Cierto.

SAL. (aparte reprimiendo su voz) Qué oigo! Con que ha jurado quitarme el poder ó el honor!...

GUR. Qué resolveis?

SAL. (con orgullo) Partiré. (con rabia.) Arrojado!... Desterrado!... Ah! nó, no lo digais. Siento en el pecho un volcan.

GUR. (acercándosele con mucha cortesía) Os sentís malo, señor?...

SAL. (disimulando.) Nó, Conde, nó.

GUR. Estais todavía á tiempo....

SAL. (interrumpiéndole resueltamente) Al ponerse el sol estaré muy lejos de esta villa. (Luego con tono de orgullosa ironía.) Confieso mi grave culpa, y la pago. Soy un humilde criado de Su Majestad. (Acompaña hasta la puerta á Don Guritano, el cual saluda con mucha finura y vase.)

ESCENA III.

DON SALUSTIO, solo.

Yo desterrado! Yo don Salustio de Bazan he de sufrir en silencio y sin vengarme tamaño insulto!.. Nó, por Diosl Me alejo de Madrid y de esta corte, pero por poco tiempo: pronto volverás á verme (dirigiendo una mirada al retrato de la Reina con gesto amenazador) como un genio fatal de muerte!... Un dia!.. (pasando de la ira al abatimiento) Sí, pero entre tanto será público lo vergonzoso de este golpe que tanto me humilla!... Tendré que ceder el puesto á mis ambiciosos rivales y arrastrar una vida oscura lejos de estos sitios! Se echará en olvido mi poder temido, y el vulgo insultará al leon caido!.

(Reanimándose y recobrando su orgullo.)

Insultarme a mi?... Nó: tiemblen los viles: yo aliento todavía. (volviéndose de nuevo al retrato) Y tú, que á tanto te has atrevido, tiembla de mi ira: tú me has quitado el honor; yo te quitaré el tuyo.

ESCENA IV.

DON SALUSTIO, luego RUY BLAS.

Pensemos en la venganza!... Si pudiese conocer á ese amante oculto... pues no cabe duda que estas flores fueron cogidas por mano de un secreto adorador!... Si pudiese llegar á descubrirle...

RUY. (vestido de librea y con la cabeza descubierta entra por la puerta de la izquierda, llevando una espada en la mano, y se detiene en el umbral) Señor....

SAL. (embebido siempre en sus pensamientos) Ah! Ruy Blas....

RUY. (se adelanta, y deja la espada sobre la mesa) Teneis algo que mandarme?

SAL. Esperad.

RUY. (se inclina respetuosamente, y se retira al fondo de la escena.)

SAL. (reflexionando) Sí, este amor oculto me serviria mucho para mis planes.

RUY. (se queda como estático contemplando el retrato de la Reina.) Cuán hermosa es, y cómo arde en mi pecho el amor! Mi corazon se extasía al mirar su imág en

SAL. Interroguemos á este: tal vez podrá darme noticia del hombre á quien ví huir. (Se vuelve, y lo ve que está absorto contemplando el retrato.) Mas qué miro!... está absorto mirando el retrato de la Reina!

RUY. Oh! cuánto la amo!

SAL. (llamándole) Ruy Blas?

RUY. (siempre absorto) Estarla mirando siempre, hé aquí mi único deseo.

SAL. (entre sí) No me oye... no responde.... la dirige en-

tre sí la palabra!... Mi razon se turba, y se agolpan á mi imaginacion ideas extrañas.

RUY. (lo mismo) Ya no quiero maldecir mi adversa suerte, si puedo verte siempre feliz en el trono!...

SAL. (siempre entre sí, y entregándose de nuevo á sus reflexiones.) Y el hombre que dejó allí estas flores llevaba esta misma librea... Ah! si fuese él? El pensamiento que agita mi mente es infernal!... Mas si fuese cierto!... Hagamos otra prueba. (Saca del seno las flores que habia ocultado en la escena primera.) Ruy Blas? (llamándole.)

RUY. (dispierta de su arrobamiento y se vuelve presuroso) Señor.

SAL. Esta tarde salgo de Madrid; cuidad de disponerlo todo para la partida.

RUY. Señor, seréis obedecido.

SAL. Estaré ausente bastante tiempo, por lo cual... (juega con mucha naturalidad con las flores, procurando que Ruy Blas las vea.)

RUY. (entre sí viendo las flores en manos de Don Salustio) Cielos! mis flores en sus manos!

SAL. (entre sí y con aire de triunfo y con un arrebato de alegría.) Es él... Ahora, señora, nos veremos... Mi venganza está pronta. Defiéndete si puedes, yo te heriré!

RUY. (entre sí.) Qué será lo que tanta alegría le causa?... Su exagerado gozo me llena de terror.

SAL. (pone las flores sobre la mesa y cambia de tono y de conversacion.) Estamos entendidos: decidme ahora, si alguno os viese por acaso con esta librea...

RUY. Hasta ahora nadie me ha visto.

SAL. Está bien: hoy os elevo al grado de secretario. (Señala á Ruy Blas que se siente á la mesa, y este lo ejecuta, disponiéndose para escribir.) Escribid lo que os iré dictando: no es mas que un billete dirigido á la reina... de mi corazon, doña Práxedes. (Empieza á dictar, y Ruy Blas escribe.)

«Una terrible aventura pende sobre mi cabeza; «estoy perdido, pero mi reina puede conjurar la tor- «menta. Os ruego que esta noche vayais á mi casa, «cubierta con un velo: al efecto estará abierta la sa- «lida secreta.» (se acerca á la mesa y mira con complacencia el escrito) Está bien, firmad.

Ruy. Con vuestro nombre?

Sal. Nó, con el de Don César, mi nombre supuesto.

Ruy. (doblando el pliego y disponiéndose para poner el sobrescrito) Qué sobre debo ponerle?

Sal. Dádmelo: yo cuidaré de dirigirlo á su destino. (toma el pliego y se lo pone en la faltriquera del jubon) Siempre me has sido fiel, y quiero remunerarte dignamente. Tú no naciste para servir: el hado inicuo te ha obligado á ello, y yo deseo elevarte á mayor altura.

Ruy. Señor...

Sal. Pero antes juradme que me seréis siempre fiel.

Ruy. Os lo juro.

Sal. Escribidlo.

Ruy. Dictad vos mismo. (Se dispone nuevamente para escribir.)

Sal. (dictando) «Yo el infrascrito, criado de don Salustio «de Bazan, prometo y juro ahora y siempre obede- «cer ciegamente sus órdenes.» Ahora firmadlo.

Ruy. Ya está.

Sal. Muy bien; dádmelo. (Toma el pliego y lo guarda en la faltriquera) Y bien, ¿no desearias dejar este humilde y despreciado traje?

Ruy. Qué decis?

Sal. Parece que os asombrais... Pues bien, quitáoslo.

Ruy. Hablais de veras?

Sal. Ea, pronto; creedme.

Ruy. (Se quita la librea y queda vestido con un jubon de terciopelo negro con mangas largas, y adornadas con bollos de seda azul.

Sal. Está bien. (Toma la espada que está sobre la mesa y se la entrega) Ahora ceñíos esta espada.

RUY. (obedece maquinalmente diciendo entre sí) No sé si debo creerlo ó dudarlo, ni si he de temer ó esperar. Se me va la cabeza y el corazon me late con fuerza. No servir mas!... Romper mi funesto yugo... Gran Dios, si esto es un sueño, no permitais que dispierte!...

SAL. Ruy Blas, poneos mi capa. (se quita la capa y se la pone á Ruy Blas) Así, bien. (entra un momento en las habitaciones de la derecha, vuelve á salir luego con un sombrero parecido al suyo, y lo deja sobre la mesa) Aquí teneis el sombrero.

RUY. Es esto un sueño!

SAL. La corte llega: mostraos digno de lo que aparentais. Por vida mia que pareceis todo un caballero!...

ESCENA V.

DON PEDRO y DON FERNANDO que entran hablándose, y dichos.

SAL. (Se adelanta á recibir á los recien llegados con exquisita galantería, y les estrecha afectuosamente la mano.) Buenos dias, Conde... Marqués, os saludo.

PED. Siempre amable.

FER. Siempre cortés.

RUY. (aparte) Qué papel voy á hacer yo aquí?

SAL. (señalando á Ruy Blas que está á cierta distancia) Os presento á mi primo hermano que acaba de llegar del Brasil...

PED. (alargándole la mano) Tengo el honor...

FER. (idem) Tengo el gusto...

SAL. (á Ruy Blas aparte) Ea, querido Don César, no os estéis tan callado... (en voz baja.) Secundadme.

RUY. (en voz baja y balbuceando) Yo... no sé... señor...

SAL. (á los otros dos) Doce años de ausencia...

PED. Si no me engaño, se dijo que habia fallecido...

SAL. (sonriéndose) Y no fué verdad... (toma por el brazo

á don Pedro, y llevándole á un lado le dice en voz baja) Conde, esta noche voy á salir de Madrid...

PED. (interrumpiéndole) Os marchais?

SAL. Pero volveré muy pronto. (Sigue hablando con él en voz baja.)

FER. (se dirige á Ruy Blas en el lado opuesto y le dice) Con que es cierto?...

RUY. No sé qué decir...

FER. Somos parientes, aunque algo lejanos; nuestras bisabuelas eran primas.

SAL. (á don Pedro prosiguiendo la conversacion) Os le recomiendo.

PED. Os juro protegerle.

SAL. (se separa de don Pedro y se dirige á don Fernando, llamándole) Don Fernando?...

FER. (deja á Ruy Blas, y va hácia don Salustio) Aqui me teneis.

SAL. Os recomiendo á Don César; desea obtener un empleo decoroso en la corte...

FER. No será imposible.

PED. Veremos...

SAL. Os lo ruego.

RUY. (aparte.) No sé si debo esperar ó temer, ni si sueño ó si estoy dispierto.

ESCENA VI.

Un HUJIER y dichos; luego la REINA.

HUJ. (desde el foro) Su Majestad va á llegar, tome cada cual su sitio. (A este anuncio entran en escena varios gentiles hombres y grandes del reino, se unen á los precedentes, y forman todos una fila desde el fondo del teatro hasta el proscenio. Don Pedro y don Fernando se sitúan junto á los arcos de la galería. Levántanse las cortinas.)

RUY. (huyendo sobresaltado hácia el proscenio) Gran Dios!

SAL. (se acerca á él y en voz baja le dice.) Procurad que nadie advierta la conmocion de vuestro ánimo. ¿Por

qué temblais, cuando se os presenta tan risueña la fortuna? Valor!... Yo me marcho, y entre tanto vos permaneceréis en la corte.

RUY. Yo en la corte?...

SAL. Sí, os doy mi casita junto al puente, y llevaréis el título de conde.

HUJ. La Reina.

(La Reina, magníficamente vestida y con la cabeza descubierta, aparece debajo de un palio de terciopelo encarnado llevado por cuatro gentiles hombres de cámara. Algunos guardias la preceden, y otros cierran la comitiva. A sus lados están la duquesa de Albuquerque y Casilda, pero á respetuosa distancia: síguenla otras damas. Despues de las damas don Guritano con otros varios gentiles hombres y consejeros de capa y espada. Todos los grandes de España se cubren. La comitiva atraviesa la galería de un extremo á otro.)

CORO. Luzca en el cielo una benigna estrella de esperanza, de alegría y amor para la linda y piadosa jóven, honor y orgullo de España. Si desde lo alto de tu trono tiendes la vista á tus piés, verás que aquí todos los corazones te profesan amor.

SAL. (viendo á Ruy Blas que cual arrobado por una vision celestial se descubre, corre á su lado y le dice en voz baja) Cubrios... Sois grande de España... No os vendais... Otras distinciones recibiréis de mi.

RUY. Pero entre tanto... aquí... esplicaos... qué he de hacer?

SAL. (señalando á la Reina que está en medio de la galería) Amarla.

RUY. Qué oigo!... He de amarla?...

SAL. Y haceros amar de ella.

(La comitiva desaparece; el coro, Don Pedro y Don Fernando la siguen, mientras cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Jardin delicioso contiguo al palacio real. A la derecha, vista de un lado del palacio con puerta sobre cinco gradas. A la izquierda una balaustrada de piedra basada sobre el muro exterior del jardin. A la parte del palacio un nicho en forma de templete con una pequeña estatua de Ntra. Sra., delante de la cual arde una lámpara. En medio una fuente rodeada de flores de varias especies, y asientos de piedra. Al lado derecho de la escena una mesa muy elegante, sobre la cual hay una preciosa cajita de ébano, algunos libros y un bordado. Junto á la mesa una rica poltrona y un pequeño taburete. Al otro lado otra poltrona menos lujosa y de estilo mas severo. Delante de la imágen de la Vírgen un reclinatorio. Céspedes y macetas de flores esparcidas por la escena. En el fondo bosquecillos que se pierden en lontananza.

La REINA está sentada en la poltrona junto á la mesa leyendo un libro: CASILDA está sentada en el pequeño taburete bordando, y la DUQUESA en el otro sillon, tambien bordando. DON GURITANO está en pié cerca de la Duquesa. Algunas doncellas, reunidas al rededor de la fuente, forman guirnaldas y ramilletes de flores. La Reina viste un rico traje blanco, y la Duquesa de terciopelo negro.

DONC. Formemos ramilletes y guirnaldas de flores, y a mismo tiempo pronuncien nuestros labios cantares inspirados por el corazon; pues el canto y las flores son tesoros que el Señor nos envia desde el cielo.

REI. (á Casilda) Están ahí todavía esos pobres?

CAS. (deja el bordado sobre la mesa y va á la balaustrada para verlo) Sí, señora.

DUQ. (levantándose y dirigiéndose á Don Guritano) Haced que sean castigados.

Rei. (en tono imperioso.) Nó, Duquesa, deteneos... (dandó un bolsillo á Casilda) Dales estas monedas.

(La Duquesa vuelve á sentarse visiblemente contrariada.

Cas. (entre sí y mirando á la Duquesa) Harpía!... (arroja el bolsillo desde la balaustrada.)

Rei. (vuelve á leer, pero de repente suelta el libro exclamando) No puedo leer: en vano procuro distraerme...

Cas. (á la Reina en tono de chanza) Haced tambien alguna limosna á Don Guritano.

Rei. (volviéndose hácia él como distraida) Buenos dias, Conde...

Gur. (se adelanta con dignidad, dobla una rodilla, y besa la mano que la Reina le tiende; luego vuelve á su sitio, y exhalando un suspiro exclama entre sí.) Es un ángel!...

Cas. (remedándole) Viejo pisaverde!... Cierto que me mueve á risa!... (observando la cajita que está sobre la mesa) Qué preciosa cajita!...

Rei. Reliquias!...

Cas. (abriéndola y examinando minuciosamente lo que contenia) Un santuario!...

Rei. (á las doncellas que van á ofrecerle flores) Gracias... (para sí) Ay de mí! no son mis flores! (levantándose) Quiero salir.

Cas. y Donc. Sí, sí.

Duq. (levantándose y haciendo una profunda reverencia) Perdonad, pero...

Rei. Algun nuevo obstáculo?...

Duq. Las leyes de la corte imponen solemnemente que el gran chambelan abra las puertas á Su Majestad... y no está aquí presente.

Rei. (con profunda tristeza) Que no pueda nunca alejar de mi imaginacion esa idea fija!... (á Casilda y á las doncellas resueltamente) Juguemos, pues.

Duq. No es posible; pues solo pueden jugar con la Reina los grandes de España, y ahora no hay aquí ninguno.

REI. (con arranque apasionado.) Oh mi querida Alemania, mi dulce pais natal! Oh madre mia! cómo claman por tí los suspiros de mi corazon oprimido! Cuando en el hogar paterno corria libremente del monte al valle, sobre las yerbas y las flores... cuando mi corazon latia junto al corazon materno... entonces sí vivia, entonces era dichosa! Ahora una sola flor dada por una mano desconocida embriaga mi corazon y mi alma con extraña turbacion!...

CAS. (entre sí) Esta vieja Meguera á todo se opone y siempre está gruñendo.

DONC. Esta, con su ceremonial, se muestra por demás severa.

REI. (entre sí) Volvamos á nuestro contínuo sueño!... (se sienta otra vez en la poltrona, y toma inadvertidamente el bordado de Casilda.)

CAS. (á la Reina) Quereis que os cante una balada?

REI. (con indiferencia) Cantad.

CAS. Probemos, pues.

DONC. Sí... sí...

CAS. (irónicamente á la Duquesa, haciéndole una cortesía) Si es permitido...

DUQ. (con seriedad) Como gusteis.

CAS. (entre sí) Ah! por fin... (alto) Escuchad: Erase una vez un diablo...

DUQ. Casilda!... Qué decís?...

CAS. No os gusta el exordio? Lo cambiaré pues.

Erase una vez una Duquesa, vieja, fastidiosa, fea y orgullosa, que martirizaba el tierno corazon de una linda doncella; cuando hé aquí que un dia un mago benéfico se acerca á ella, y cambiando su naturaleza la convierte en rata... Viva el mago libertador!...

DONC. Viva el mago libertador!...

REI. (con triste sonrisa) Loquilla!

DUQ. (no pudiendo contenerse) Insolente!

CAS. (maliciosamente) No he acabado todavía.

Gur. (entre sí) Me parece algo imprudente.

Cas. (á la Reina) Puedo acabar?

Rei. (hace un gesto afirmativo.)

Donc. Sí... sí...

Cas. La rata, airada, conservó el mismo carácter rabioso de la Duquesa, y dió en roer el rico manto bordado de oro de la gentil doncella. Mas un dia un gato la cogió en el acto, le clavó las uñas, y en un abrir y cerrar de ojos se la zampó... Viva el gato libertador!...

Donc. Viva el gato libertador!...

Duq. Basta, basta ya.

Cas. (riendo) Aquí dió fin la historia. (á la Reina en voz baja) Por lo demás, si por la noche quereis salir un poco, á las barbas de la Meguera, tengo una llave...

Rei. Nó, si alguno sospechara...

Cas. Esto no os dé cuidado.

Rei. Luego... sola...

Cas. Yo os acompañaré.

(Oyense algunas voces dentro que se acercan y se alejan gradualmente cantando lo que sigue.)

En los gorjeos del ave que al amanecer canta en el bosque, reconozco tu voz divina.

Cuando en la primavera resplandece el sol de Mayo, diviso los rayos de tus bellos ojos.

Cuando Abril da vida á la mas hermosa de las flores, exclamo: «á esta flor se asemeja tu bello corazon.»

Pero la mas linda rosa, y el astro matutino y la ave parlera, Amor se llaman.

Rei. (como extasiada al oir este canto) Amor!... ¿Seria acaso el ansia que siento en mi conmovido corazon, y que no sé como expresar, la dulzura divina del amor?...

Duq. Este canto no place á la Reina.

Donc. (acercándose á la balaustrada) Son jóvenes trabajadoras que se encaminan á sus labores.

DUQ. Que se hagan salir de aquí.

CAS. (entre sí) Qué víbora!

REI. (á la Duquesa con severidad.) Dejadlas que canten. (A las doncellas) Es bonita la cancion!...

CAS. (señalando la balaustrada) Están aquí...

REI. (dirigiéndose á la balaustrada.) Quiero verlas.

DUQ. (levantándose é impidiendo el paso á la reina con una profunda reverencia) La Reina no puede asomarse á ningun balcon.

REI. (entre sí con ímpetu.) Con que todo se me priva!... Con que soy prisionera!...

CAS. (acercándose á la Reina le dice en voz baja.) Estais sufriendo!...

REI. (en voz baja y con acento de dolor) Sí, mucho.

DUQ. Ha sonado ya el toque de oracion.

CAS. (entre sí) Maldita hipócrita!

DUQ. (á las doncellas) Retirémonos.

CAS. (va á besar la mano que la Reina le alarga.)

REI. (abrazândola) Adios.

CAS. No teneis ninguna órden que darme?

REI. Nó: ruega á Dios por mí. (Vanse todos menos la Reina).

ESCENA II.

La REINA sola.

Sola con mis pensamientos!... Sola con mis ensueños!... Pensemos pues y soñemos!... (Cae en una breve atonía de la cual se dispierta casi súbitamente.) Ah! nó: los fantasmas de mi fantasía me dan miedo... Oremos... (va al reclinatorio, permanece algun tiempo en actitud suplicante, y luego se levanta resueltamente.) Ay de mí!... no puedo... los labios pronuncian una oracion, pero el corazon no toma parte en ella!... (saca del seno un ramillete de flores parecido al que ha sacado D. Salustio en el primer acto.) Queridas flores!... Misterioso don de una mano amiga desconocida!... Me sois mas gratas que mi trono y que todos mis goces!...

Mas hoy venis teñidas en sangre, y tambien observé manchas de sangre en el muro!... Sin duda se ha herido con las puntas de hierro, puesto que tambien encontré en aquel sitio un pedazo de encaje. Herido por causa mia!... (saca del bolsillo una carta.) Y este escrito... estas dulces frases de amor que me llegan al corazon!... No quiero volver á leerlas... no lo debo... Demasiada complacencia he sentido ya con ellas!... (vuelve la carta al bolsillo pero conserva en la mano las flores.) Ah!... Quién me defenderá de mi sueños?... Quién me devolverá la paz del alma?...

Sombra adorada de mi pensamiento, dulce misterio de un casto amor, ya que nadie viene á mi socorro, á tí recurre mi mente y mi corazon. Seas quien fueres, secreto amigo, yo te bendigo y te invoco sin cesar; pues la única alegría que me resta es la fragancia de estas flores. (luego como espantada de estos pensamientos) Qué digo?... Insensata de mí!... Lejos de mí, vanos deseos!... Seré superior á mi suerte!... Quiero ser fiel esposa. En este sitio es un crímen el desahogo de una lágrima ó de un suspiro!... Huye de mi corazon, fantasma de amor, no me arrebates la fe y el honor! (cae de rodillas con las manos y los ojos levantados al cielo.) Y tú, gran Dios, sé en mi ayuda en tan desigual combate!... Siento un dolor en el alma que no tiene otro igual!... Defiéndeme, Señor, de esta ansiedad que me devora, é infúndeme fuerza y valor para salvarme de las asechanzas de mi corazon.

ESCENA III.

Un HUJIER y dicha, luego la DUQUESA, CASILDA, DON GURITANO, las DONCELLAS, y á su tiempo RUY BLAS en rico traje de escudero.

HUJ. (desde el umbral de la puerta) Un mensaje del Rey.

REI. Del Rey!... Ah! quiera el cielo enviarme un alivio

en este momento de supremo penar!... Oh Carlos, Carlos, tú puedes salvarme... Una sola palabra de amor que contenga tu escrito siento que será bastante para mitigar mi pena!

(Todos los demás entran en este momento, empezando por la Duquesa: Ruy Blas entra el último, quedándose en el umbral; finalmente dos pajes, que llevan sobre un cojin de seda blanca bordada en oro un pliego del Rey, se adelantan y doblan una rodilla delante de la Reina.)

REI. De dónde viene esta carta?

DUQ. De Aranjuez, donde el Rey está cazando. (toma la carta y los pajes se retiran.)

REI. (á la Duquesa) Dádmela.

DUQ. La costumbre exige que antes la abra yo y la lea.

REI. (entre sí) Qué aburrimiento!... Leed, pues.

DUQ. (lee) «Señora, á pesar de soplar un viento Norte horroroso, ayer maté seis lobos. Firmado: Carlos.«

REI. (con acento de desesperacion) Ay de mí!...

GUR. (maravillado) Nada mas?...

CAS. (id.) No hay mas?

DUQ. No basta acaso?...

CAS. (con ironía) Y aun sobra!...

REI. A lo menos será de puño propio...

DUQ. (examinando el escrito) Nó: dictada, pero firmada de su mano. (Le da la carta.)

REI. (entre sí) Pobre corazon mio!... (echando una ojeada á la carta.) Cielos! qué veo! no es sueño!... La carta que encontré con las flores es de la misma letra. Quién ha traido esta carta?

DUQ. Un jóven escudero que Su Majestad concede á la Reina.

REI. Cuál es su nombre?

DUQ. Don César de Bazan, conde de Garofa.

REI. Quiero verle.

DUQ. (á Ruy Blas, que se adelanta contemplando á la Reina embebecido) Entrad.

REI. Buenos dias, Conde. (Ruy Blas se inclina profundamente.) Deseo saber á quién ha dictado el Rey esta carta para mí.

RUY. (titubeando y procurando disimular) A... á uno de sus servidores...

CAS. (bajo á la Reina) Temblais, señora?

REI. (id. á Casilda) Yo?... nó: calla. Decidme su nómbre, Conde.

RUY. Señora... no podré decíroslo... porque solo hace tres dias que salí de Madrid...

REI. (entre sí, muy agitada.) Y precisamente hace tres dias que no encuentro las acostumbradas flores!... Dios mio! Qué tormenta ha levantado en mi corazon esta noticia! No sé qué pensar ni qué decir! La armonía de su voz, su modesta y bella presencia... su ardiente mirada penetra mi corazon...

RUY. (entre sí) Esposa de otro!... oh zelos!

CAS. (entre sí, mirando ora á la Reino ora á Ruy Blas) Ella tiembla... El está turbado.

GUR. (con frialdad y en voz baja á Ruy Blas) Acaso no sabeis, Conde, cuál es el oficio que os toca desempeñar?...

RUY. (bajo á D. Guritano) Nó...

GUR. (id.) Debeis estar siempre vigilando la puerta de su habitacion...

RUY. Y que mas?

GUR. Cuando el Rey venga, abrirle...

RUY. (como herido de un rayo.) Yo?...

GUR. Vos. (Luego alejándose y observándole atentamente) Está conmovido!

RUY. Abrir al Rey!...

REI. (viendo á Ruy Blas que vacila y se apoya en el sillon en que estaba sentada la Duquesa) Qué será?

RUY. (entre sí cada vez mas conmovido) No puedo tenerme en pié...

(Casilda se acerca á Ruy Blas; la Reina acude tambien presurosa, disimulando apenas su conmocion; las doncellas rodean el

sillon en que está apoyado Ruy Blas. La Duquesa se separa á un lado con Don Guritano, que espia los movimientos de Ruy Blas y de la Reina.)

CAS., DONC. Socorrámosle.

RUY. (confuso) Perdonad... (entre sí) Esposa del Rey!...

REI. (con viveza) Calmaos.

RUY. No es nada... quizá el cansancio del viaje... (Se deja caer sobre la poltrona, suelta el extremo de la capa que tenia recogido en el brazo, y deja ver una mano vendada.

CAS. Ah! está herido!...

REI. (con un grito involuntario.) Será cierto?

DONC. Se desmaya.

GUR. (á la Duquesa con intencion maligna, y en tono de fina ironía.) El escudero dispierta en ella mucha sensibilidad.

DUQ. (á Don Guritano) Cierto que la aventura es extraña!

CAS. Alguna esencia!

REI. (saca del bolsillo un frasquito de esencia, y junto con él un pedazo de encaje.) Toma... (Viendo luego el encaje de la vuelta de Ruy Blas igual al pedazo que ella tiene en la mano, exclama entre sí) Qué veo!...

(Ruy Blas aspira la esencia y se va rehaciendo.)

CAS., DONC. Ya vuelve en sí...

REI. El encaje es el mismo...

RUY. (viendo el pedazo de encaje en manos de la Reina, y levantándose.) Oh gozo!

REI. (entre sí con entusiasmo) Es el mismo!... Ya cayó el velo misterioso que envolvia mi dulce sueño, y sobre la flor de mi pensamiento baja un rayo del sol de Abril... Nadie podrá borrar de mi corazon la inefable dulzura de mi virginal amor.

RUY. (entre sí, conteniéndose) Si me fuese dado morir de amor á sus plantas!... Cállate, corazon mio, no me vendas!...

DUQ., GUR. (entre sí) Aqui se encierra un misterio que el tiempo descubrirá: no ignoro cuál es su pensamiento, ni cuál su deseo.

CAS. (entre sí, mirando á Ruy Blas) Me parece ver escrito su pensamiento en su semblante: su corazon está luchando con el respeto y el deber.

DONC. (entre sí) Ha sido un accidente pasajero que se ha desvanecido como una sombra; pero ha descubierto el misterio de su corazon.

REI. (á Casilda y á las doncellas) Seguidme. (á Ruy Blas) A Dios, Conde. (entre sí) Dios mio, velad sobre mi corazon!... (Vanse todos menos Ruy Blas.)

ESCENA IV.

RUY BLAS, y luego DON GURITANO.

RUY. Gracias, Dios mio!... Corazon, no latas. (recoge el pedazo de encaje que habia quedado en el suelo, y lo besa) Ella lo guardaba!... Estoy loco de alegría!...

GUR. (entra con paso grave, se adelanta hácia Ruy Blas, y en tono solemne le dice) Señor Conde...

RUY. Señor...

GUR. En Alicante el baron de Viserda se atrevió á levantar los ojos hácia mi querida, y le maté.

RUY. Y bien?...

GUR. En otra ocasion el marqués de Vazquez se permitió enviar un ramillete de flores á mi amada... y mi acero le atravesó el corazon.

RUY. Qué quiere decir esto, señor?..,

GUR. Quiere decir que vos, Don César, teneis un nombre, y yo me llamo Don Guritano... Lo entendeis ahora?

RUY. Nó por cierto.

GUR. Sabed, pues, que mañana al amanecer os esperaré en el bosquecillo del parque.

RUY. (altamente maravillado, pero con firmeza y dignidad) Allí estaré.

CAS. (aparece sin ser vista, en la puerta del palacio, oye las últimas palabras, y dice entre sí) Se desafian!... Voy á decírselo á la Reina.

RUY. Os he dado mi palabra, y no faltaré á la cita: pero quisiera me explicarais por qué quereis batiros conmigo?

GUR. No lo adivinais?

RUY. Nó, á fe mia.

GUR. (sonriéndose irónicamente.) Sois muy ladino.

RUY. Como querais; pero no comprendo...

GUR. Sin embargo yo lo entiendo todo, y todo lo veo...

RUY. Hablad, pues... os lo ruego...

GUR. (serio y á media voz) Si fueseis mi rival, Conde...

RUY. (sobrecogido y confuso) Qué decis!...

GUR. (en aire de triunfo) Inclinais la cabeza...

RUY. (con firmeza.) Jamás!...

GUR. Teneis algo mas que preguntarme?...

RUY. Bastante me habeis dicho... Cuándo?

GUR. Quedamos para mañana.

RUY. Bien está.

GUR. Al amanecer.

RUY. Teneis mi palabra.

GUR. La espada decidirá.

(Estréchanse la mano con fuerza, pero con calma.)

A 2. Mañana cuando las sombras abandonen la tierra, iremos entrambos al campo del honor. Cruzaremos nuestras espadas y nos batiremos á fuer de buenos, pues nuestros corazones no conocen la vileza. (Vase Ruy Blas.)

ESCENA V.

La REINA, CASILDA y dicho.

GUR. Morirá... estoy seguro de ello... Sin embargo, no temblaba... Mas quién viene?

CAS. (á la Reina en voz baja.) Está solo...

REI. (adelantándose hácia don Guritano) Os venia buscando.

CAS. Es decir, os veníamos buscando.

GUR. (inclinándose con galantería) Qué es lo que me procura tan distinguido honor?

Rei. Nada, señor....

Cas. A lo menos muy poca cosa.

Gur. Hablad.

Rei. No ha mucho hablábamos de vos...

Gur. De mí, señora?...

Rei. Si; pero antes de pasar adelante, quisiera que me dijeseis si estariais pronto á obedecer cualquiera órden mia.

Gur. Señora... lo juro.

Rei. (señalando á Casilda) Pues bien, esta se atrevia á sostener lo contrario.

Gur. Moriria gustoso por mi Reina, y lo aseguro con mi palabra de honor...

Cas. Ya, ya; pero mejor seria ponerlo á prueba...

Gur. Disponed de mí, señora.

Rei. De veras?

Gur. Mandad.

Rei. Pues bien, es preciso que partais al instante...

Gur. Partir?

Rei. Y que vayais á mi querido castillo natal, y entregueis á mi padre este recuerdo mio. (toma la cajita y se la entrega.)

Gur. (titubeando) Reina!...

Cas. (riéndose irónicamente) Ah! ah! Qué os parece?

Gur. (resentido) Casilda!

Cas. Moriria gustoso!...

Gur. (á la Reina) Mañana...

Cas. (á la Reina) Lo ois?

Rei. Nó, al momento: esta es la prueba que deseo, que pido, que exijo finalmente de vos, querido Conde... Siendo yo quien os lo ruega, podréis negaros? No puedo creerlo; antes bien estoy segura que antes de poco habréis partido. Junto al parque os está esperando un coche; no pongais dificultad alguna.

Gur. Señora, un empeño de honor me detiene... Mañana os juro que partiré; pero es preciso que espere la nueva aurora...

CAS. (bajo á don Guritano) Oh vergüenza! Así acogeis los ruegos de una reina, de una mujer que amais?... Sí, no hay que negarlo, vos la amais... No veis cómo está sufriendo!... Ea, dadle esta prueba de afecto... Un buen caballero no ha de disgustar jamás á la dama de su corazon. (Se separa de don Guritano y se va junto á la Reina.)

REI. (entre sí.) Se niega, y no parte; no puedo evitar que aquel mozo se bata!... Ay de mí!... qué funesta idea!... Paréceme verlo á mis piés, herido, espirando, bañado en su sangre... y que le oigo llamarme por mi nombre... Y... nó, Dios mio, nó...

GUR. (entre sí) Quisiera resistirme, pero en vano lo procuro... Posee un encanto que domina el pensamiento... que me hiela el corazon!

CAS. (bajo á la Reina) Queria resistirse; pero lo procura en vano... Por fin se somete... cede... vence el amor... El fuego de la ira se ha apagado ya.

GUR. (á la Reina con esfuerzo, pero resueltamente) Voy á partir.

REI. Es cierto?... Mi corazon os lo agradece.

GUR. (entre sí) Morirá á mi vuelta.

(Dobla nna rodilla, besa la mano que la Reina le alarga con una graciosa sonrisa, y vase.)

CAS. (mirando á don Guritano, que se marcha, le dice en tono sardónico) Feliz viaje!

REI. (exclama gozosa) Vivirá!...

(Vuelve á entrar en el palacio mienlras cae el telon.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

La sala del Consejo en el palacio real en Madrid. Gran puerta en el centro, á la cual se sube por tres escalones; otra puerta á la derecha, y á la izquierda una ventana. En un ángulo de la sala una puertecita secreta. A la derecha una mesa cuadrilonga con un tapete verde, sobre el cual hay varios papeles, recado de escribir, y la urna para las votaciones secretas. Al rededor de la mesa varios bancos, y un sillon en uno de los extremos de la mesa.

DON PEDRO, DON FERNANDO y coro de consejeros privados del Rey.

PED. (hablando confidencialmente con una parte del coro) Primer ministro, y la órden de Calatrava!...

1.ª PARTE DEL CORO. Y no ha mucho Duque de Olmedo.

PED. Y quizá el toison de oro.

2.ª PARTE DEL CORO. (riéndose, á don Fernando) Ah! ah! De veras, Marqués?

FER. (procurando enmendar su imprudencia) He dicho que si ha obtenido los mas elevados honores....

2.ª PARTE DEL CORO. Ha sido por el influjo de un genio protector...

FER. No lo niego...

PED. Vamos, marqués de Priego, decidnos el nombre de ese genio protector.

FER. Lo ignoro.

2.ª PARTE DEL CORO. (á don Pedro, riendo) Es la Reina?...

PED. (en tono de chanza á don Fernando) Ah! ah! esta mañana está imprudente el señor!...

1.ª PARTE DEL CORO. Es un horror!

2.ª PARTE DEL CORO. Un escándalo!...

FER. (procurando excusarse) No dar entrada á las sospechas: puedo jurar que este amor es puro, y que no se ha manifestado todavía.

PED. (en tono de chanza á don Fernando) Hablad siempre con respeto, en este recinto, tanto del protector anónimo, como del nuevo protegido.

FER. (bajo á don Pedro) Es fácil que la ira que me domina se trasluzca en mis palabras.

PED. Segun dice un proverbio antiguo: Besad al favorito, y luego morded al Rey.

FER. Yo no sé tomarlo á broma, como vos.

PED. Sed prudente y fiad en mí.

CORO. (entre sí) Ciertamente no es posible que un jóven escudero pueda llegar á tan alto poder sin ayuda de nadie: pero nosotros no debemos proferir el nombre del genio benéfico que premia sus merecimientos.

PED. (dirigiéndose al coro) Ocupémonos ya de los negocios del Estado, pues no falta quien acuse de inercia al Consejo Supremo. Ocupe cada cual su puesto. (Todos se sientan en los bancos, dejando desocupada la poltrona.)

FER. Ante todo, señores, dignaos decretar que yo pueda reivindicar mi antiguo derecho sobre los impuestos de las islas y de los negros...

PED. (con cierta ironía) Me parece que recibisteis una compensacion no despreciable en cambio de ese derecho!...

FER. La quinta parte sobre el oro y el ámbar, me produce mucho menos, señor Conde, que lo que os reditúan los puertos de mar y los bosques.

PED. Sí por cierto; una gran cosa! Esto no alcanza para atender á mis gastos apremiantes; por lo que pido yo que me sean concedidos los derechos que para sí solicita el Marqués.

FER. Eso nó, jamás! (se levantan todos.)

CORO. Calmaos.

FER. Me ha ofendido...
CORO. El Conde no ha pretendido injuriaros.
PED. El Consejo ha de proferir ahora mismo sentencia definitiva.
CORO. Ya tenemos conocimiento de vuestros méritos: sentémonos, y pongamos fin á la disputa.

ESCENA II.

RUY BLAS vestido con traje de terciopelo negro, rica capa y pluma blanca en el sombrero, y con la cruz de Calatrava, aparece en la puerta del centro, y se para un poco á escuchar la disputa surgida entre D. Pedro y D. Fernando: luego baja lentamente las gradas, y se adelanta con noble y severo continente hasta en medio de la escena. DON PEDRO, DON FERNANDO y el CORO enmudecen en su presencia.

RUY. Muy bien, señores...
CORO. (entre sí) El Conde!...
PED. y FER. Nos estaba escuchando!...
RUY. Y á vosotros está confiada la suerte, la gloria y la salvacion de la patria! á vosotros que nunca os habeis ocupado en el bien público, atentos solo á vuestro interés privado!... Mas yo os juro, señores, que mientras conserve el aliento vital, mientras el Soberano tenga confiadas á mis manos las riendas del Estado, yo sabré impediros ese impío mercado!...
PED. (resentido) Conde!...
FER. (id.) Esto es demasiado.
RUY. Ea, callad, y volved los ojos á los destinos de España: ya la Holanda y la Bretaña han ensanchado sus confines; ya han sido arrebatados á nuestro Estado el dominio lusitano y el Brasil; ya la Francia se dispone á poner sobre nosotros la mano... Y qué esperanza podemos tener en la suerte que nos espera?... Ninguna. Desde el Oriente hasta el Ocaso, toda Europa se rie de la desmembrada España... Y podeis vosotros entre tanto destrozar su real manto mientras ella se está muriendo?... Qué vergüenza!

Algunos del coro (en voz baja á los otros.) Quiere mandar sobre todos nosotros.

Los otros (id.) Pero es muy cierto lo que dice.

Ped. (á D. Fernando) Y podrémos soportar tamaño insulto?

Fer. (á D. Pedro.) Nó, vive Dios!

Ped. No se hará esperar nuestra venganza.

Fer. Os juro que nó.

Ped. Tambien os lo juro.

(Continúan hablándose en secreto, y luego acercándose á la mesa escriben entrambos en dos pliegos diferentes.)

Ruy. (animándose por grados) Oh Carlos V, genio inmortal, abandona el mármol del sepulcro; levanta la cabeza y la mano, y empuña el cetro y la espada, pues la España se muere. Lanza sobre estos el rayo de tu severo acento; atiende las lágrimas y los lamentos del triste pueblo; monta á caballo, y baja cual guerrero novel al campo; tú darás gloria y poderío al que fué tu reino y al Rey. En tí solo encontramos nuestra salvacion. Empuña otra vez el cetro y la espada... Sálvanos, oh Carlos, la España muere.

Ped. y Fer. (adelantándose y presentando á Ruy Blas los dos pliegos) En estos pliegos presentamos entrambos al Rey nuestra dimision.

Ruy. (con frialdad) Y yo la acepto en su nombre. Mañana, Marqués, tendréis la bondad de retiraros con vuestra familia á Andalucía; y vos, Conde, á Castilla.

(Don Pedro y Don Fernando vanse; Ruy Blas se vuelve al coro, y les dice en tono resuelto.)

El que sienta arder en su pecho la llama del amor patrio, quédese aquí conmigo; el que no quiera seguir mi camino, puede marcharse con esos señores. (va á sentarse en la poltrona y se pone á examinar tranquilamente algunos papeles.)

Algunos del coro (en voz baja á los otros) Es el astro que sube...

Los otros. (id.) Es inútil la resistencia.

LOS PRIMEROS. (id.) Es fuerza obedecerle.

LOS OTROS. (id.) Es preciso que nos quedemos.

TODOS. El puede volver al pueblo español la gloria inmortal de Carlos V.

CORO. (adelantándose y rodeando á Ruy Blas) Todos nos quedamos.

RUY. Está bien; mas tened presente que os he de exigir pruebas de fe y de valor. Dentro de una hora os espero...

CORO Y os daremos pruebas de fe y de afecto. (Vanse todos: Ruy Blas permanece inmóvil en medio de la escena, mirándolos con aire de triunfo.)

ESCENA III.

La REINA y RUY BLAS.

REI. (levanta la tapicería que cubre la puerta secreta, y se acerca á Ruy Blas sin que él lo advierta) Gracias, señor...

RUY. (volviéndose) Vos!... (entre sí) Calla, corazon mio!

REI. Sí, yo soy... yo que en vano he intentado estrechar esa mano... yo que admiro y bendigo vuestro valor magnánimo: yo que os digo: Amigo, salvad el trono español, salvad nuestro honor!...

RUY. (entre sí) Cielos!... Huir siempre de ella, y volver á ver de repente en mi presencia su divino semblante!... Es preciso sofocar en mi corazon la voz del amor.

REI. Detrás de aquella puerta he oido la expresion de vuestro noble enojo....

RUY. Qué oigo!...

REI. He visto el fuego que lanzaban vuestros ojos, y la vergüenza y el miedo de aquellos cobardes...

RUY. Me estaba oyendo!...

REI. Recibid, pues, el aplauso de mi corazon...

RUY. Señora!...

REI. Muchas veces he visto desde este mismo sitio á mi

esposo sentado entre estos patricidas triste y pensativo...

RUY. Y qué decia?

REI. Nada.

RUY. Pero...

REI. Nada... Pero vos, Conde, ¿de dónde habeis sacado tanto valor? ¿quién ha encendido tal fuego en vuestra mente y en vuestro corazon?

RUY. (con entusiasmo) Quién?... Vos!...

REI. Qué decís?

RUY. Sí. Cuando descubrí el malvado propósito de los viles hipócritas á quienes fia el Rey el Estado, entonces sentí arder en mi corazon y en mi cabeza un fuego inusitado, y juré salvaros, aunque tuviese que arrostrar para ello los mas inminentes peligros.

REI. (mny conmovida.) Tanto arrojo por mí!

RUY. Sí, por vos sola... porque... (vacilando.) porque yo os amo!....

REI. (dando un grito de alegría.) Gran Dios!... Por fin he oido esta palabra!... Ya soy feliz.

RUY. Qué decis?...

REI. Que yo te amo con un amor igual al tuyo.

RUY. Cielos!...

REI. No te lo he descubierto antes, porque resistia á mi corazon... pero siempre te he amado. Tú te alejabas de mí, y yo te seguia en secreto... Escuchaba sin ser vista los ardorosos acentos que proferias entre estos... Yo siempre, yo sola he allanado bajo tus piés el escabroso camino de los primeros honores, y cual el ángel custodio de tu destino, he velado sobre tí en todas las luchas.

RUY. (como extasiado por un encanto de amor) Oh dulzura sin igual!... Las alegrías del cielo solo pueden ser comparables con la que embarga mi alma. Habla, habla por Dios, repíteme que no es un sueño lo que está pasando por mí.

REI. Tú me has hecho conocer la vida del amor; yo te

tiendo la mano y te abro mi corazon... Mas, qué he dícho?... Perdon, perdon, Dios mio!...

Rei. Repíteme esa querida palabra.

Rei. Sí, lo repito; pero fio mi honor al ángel del vuestro!... (huye por la puerta secreta.)

ESCENA VI.

RUY BLAS, luego DON SALUSTIO, y despues el HUJIER.

Ruy. Amarla!... amarla y ser amado por ella con igual amor!... Oh alegria inefable!... Siento el paraiso en mi corazon!... (Se encamina á la puerta del centro para marcharse, pero en el mismo momento aparece en la puerta de la derecha Don Salustio completamente embozado en su capa. Ruy Blas se para, y no conociéndole grita) Quién va allá?

Sal. (desembozándose) Buenos dias.

Ruy. (entre sí con acento de sorpresa y de desesperacion) Cielos!.... es él! El infierno se abre á mis piés!..

Sal. (sonriéndose) A lo que veo, no me esperabais...

Ruy. En efecto, vuestra aparicion repentina me sorprende. (Entre sí) Adios para siempre adorado sueño mio!

Sal. Qué tal va?

Ruy. (confuso) Señor... en Madrid... á estas horas... y en las salas del palacio real...

Sal. (con altanería é irónicamente.) Y qué?...

Ruy. Temo por vos...

Sal. Temblais por mí?... Os lo dispenso.

Ruy. Sin embargo...

Sal. Pocos me han visto entrar.

Ruy. No os ha conocido nadie?

Sal. Nadie. (Siéntase en la poltrona junto á la mesa, conservando siempre su aire burlon. Ruy Blas permanece en pié esforzándose en conservar un continente noble y respetuoso.) Con que vos, segun se dice, habeis quitado el poder á Don Pedro y al Marqués de Priego?

RUY. No lo niego.

SAL. Pero uno de ellos es pariente vuestro... No debierais haberlo olvidado.

RUY. Esos señores hubieran causado dentro de poco tiempo la ruina del Soberano y del Estado.

SAL. (con frialdad) Este aire me molesta... cerrad aquella ventana.

RUY. (con ímpetu) Qué decís!...

SAL. (señalando la ventana, y fingiendo no advertir el verdadero motivo de su vacilacion) Esa... sí... esa.

RUY. (entre sí.) El infame ha recobrado su presa.... y es fuerza obedecer. (Va á cerrar la ventana, y luego vuelve al lado de Don Salustio, el cual se hace el distraido y juega con un guante, que por fin deja caer al suelo.) Ya veis que la patria infeliz, amenazada por tan inminentes tormentas, solo puede tener esperanza de salvacion en la virtud...

SAL. Recoged este guante.

RUY. Esto es demasiado!...

SAL. Ruy Blas!...

RUY. Señor...

SAL. No estoy acostumbrado á mandar dos veces una cosa.

BUY. (entre sí) Su execrable mofa es un puñal que atraviesa mí corazon. (Hace un costoso esfuerzo, se baja á recoger el guante, y pálido de cólera se lo entrega á Don Salustio.)

SAL. (toma el guante con altanería, y luego con tono seco é imperioso le dice) Mañana, despues de amanecer, me aguardaréis en la casa que os regalé. Tened un coche preparado en el jardin... Despedid á los criados, y conservad solamente los dos mudos: la obra que emprendí se acerca á su término. Obedecedme en todo... lo exijo.

RUY. Sí, en todo seréis obedecido; pero antes juradme que no se tenderán asechanzas á la Reina.

SAL. De esto no teneis que ocuparos.

RUY. Es que yo... la amo.

SAL. (con indifersncia) Ya lo sabia.

RUY. (pasmado) Lo sabiais!... Ah! por fin lo comprendo todo: vos preparais contra ella alguna inicua trama; pero yo sabré desconcertarla.

SAL. (con frialdad) De veras? De qué manera?

RUY. Acordaos, señor, que soy árbitro del poder supremo...

SAL. (á media voz, mostrándole un pliego) Y tú no eches en olvido que en este pliego firmado de tu mano has declarado ser unò de mis criados.

RUY. (confuso deja caer la cabeza sobre su pecho, y con voz apagada exclama.) Es verdad!... es verdad!...

SAL. (guardando otra vez el pliego en el bolsillo, con aire de triunfo añade) Quereis todavia resistiros?

RUY. Nó.

SAL. Por ahora exijo de vos fidelidad, sigilo y prudencia. Despues si me sois fiel, os recompensaré ampliamente.

RUY. Solo por ella os suplico; para mí nada os pido.

SAL. (sin hacer caso de sus exclamaciones) Mañana..... pues....

RUY. (entre sí con ímpetu) Oh rabia!

SAL. Al amanecer...

RUY. (estallando) No puedo mas!

SAL. (echándole una mirada imperiosa, y con tono severísimo.) Qué significa esta ira?...

RUY. (moderándose de repente.) Ah! perdonad; soy un loco, bien lo veo. (Cae de rodillas anonadado.)

SAL. (con una sonrisa de triunfo) Así me gusta veros, sometido á mi voluntad. Vuestro orgullo es vano, y efímero vuestro poder. Olvidar quien sois y quien soy yo, fué en vos un sueño: debeis servirme siempre, y no pensar en otra cosa. Si quereis seguir siéndome fiel, sabré, mas adelante, galardonaros cual se merece; pero si quereis desafiar la mano

que os ha abatido, sabré castigar al audaz que se atreva á rebelarse contra mí.

RUY. (levantándose y reprimiendo con dificultad la cólera.) Cómo salvar á aquel ángel!... Maldicion!... Siento dentro de mí el demonio del odio, y todo me huele á sangre.

SAL. En la corte os espera una solemne ceremonia, y yo deseo ir con vos.

RUY. (entre sí) Cielos! qué angustia es la mia!....

SAL. Bajo la egida de vuestro nombre, nada tengo que temer.

RUY. (entre sí) Y he de ser yo quien le lleve!

SAL. Seguidme.

RUY. (mostrando alguna resistencia) Señor....

SAL. (resueltamente) Vamos!.... lo mando!...

(Salen entrambos por la puerta de la derecha.)

ESCENA V.

Salon del trono en el palacio real de Madrid, suntuosamente adornado. A la derecha está el trono, levantado sobre cinco gradas, con ricas poltronas doradas y dosel de terciopelo carmesí. A la izquierda varios nichos muy altos, dentro de los cuales hay las estatuas de los reyes de España, y entre ellas la de Carlos V. En medio de los nichos una gran ventana con vidrieras hasta el suelo. En el fondo tres grandes arcos que dan entrada á una gran sala de armas. En los pilares que sostienen los arcos, otros nichos y otras estatuas. En las gradas del trono, al lado de las poltronas destinadas al Rey y á la Reina, algunos bancos dorados y cubiertos de terciopelo.

DON PEDRO y DON FERNANDO entran hablando entre sí, mientras la escena se va llenando de otros grandes de España y de damas, todos vestidos ricamente. Poco despues entra la REINA, precedida por guardias que se forman en el fondo, y rodeada por sus doncellas, entre las cuales están CASILDA y la DUQUESA y seguida de varios chambelanes, entre los cuales está DON GURITANO, de dignatarios de la corona, de pajes y de heraldos. Entra á su tiempo DON MANUEL, con dos pajes que traen sobre un rico cojin de

terciopelo carmesí bordado, las insignias del toison de oro y una rica espada: RUY BLAS y DON SALUSTIO entran los últimos.

PED. Puesto que se nos permite quedarnos, no perdamos nuestro puesto.

FER. Quiero sostener á toda costa el blason vilmente mancillado.

PED. Al anochecer marcharemos, pero nos volveremos á ver.

FER. Sí, mañana iremos á ver al Rey, y él nos hará justicia.

CORO. Luzca en el cielo una benigna estrella de esperanza, alegría y amor para la linda y piadosa jóven, honor y orgullo de España. Si desde lo alto de tu trono tiendes la vista á tus piés, verás que aquí todos los corazones te profesan amor.

(La Reina entra, sube al trono, y se sienta en una de las dos poltronas. Casilda y la Duquesa se sientan junto á ella, en los bancos dorados, é igualmente se sientan los principales dignatarios que la siguen. Don Guritano se separa del séquito de la Reina, y se acerca á don Pedro y don Fernando.)

PED. y FER. (saludándole afectuosamente.) Conde!...

GUR. (estrechándoles la mano.) Amigos!...

PED. y FER. Bien venido.

GUR. Decidme, es verdad que salís de la corte?

PED. y FER. Es cierto!...

GUR. Y se ha atrevido?....

FER. Vaivenes de la fortuna!

GUR. Pero él caerá de tanta altura.... (entre sí acabando la frase) por mi mano!...

FER. Así lo espero.

GUR. Y yo lo aseguro.

REI. (á un hujier.) Que entre el mensajero.

MAN. (se adelanta hasta las gradas del trono, besa la mano á la Reina, y luego dice) El Rey me envia á traer una nueva prenda de su favor al Conde de Garofa.

REI. (mirando con intencion á Don Pedro y á Don Fernando) Honor muy merecido.

CORO. Cierto que es digno de él.

MAN. (señalando á Ruy Blas que entra seguido de don Salustio) Él viene.

REI. Que entre.

SAL. (bajo á Ruy Blas) Presentadme.

RUY. (adelantàndose) Señora, os suplico que concedais al Marqués que pueda permanecer en la corte; yo mismo le he invitado á que viniese á participar del honor de su pariente.

REI. (entre sí) Aquí ese hombre!....

PED. y FER. (por lo bajo.) Llega á buen tiempo.

REI. Quédese en buen hora.

SAL. Gracias, señora. (se inclina profundamente y se retira á un lado.)

CAS. (bajo á la Reina) Ceñudo está.

RUY. (sube las gradas del trono y se hinca delante de la Reina, mientras dos pajes le presentan la espada y el toison de oro.)

REI. (tomando la espada, y tocando con ella la espalda de Ruy Blas, dice) Conde, ya sois Duque. (Vuelve á dejar la espada sobre el cojin, toma el gran cordon del toison de oro, y se lo ciñe al cuello.) Sea esta insignia el premio del afecto y de la lealtad con que siempre nos habeis servido. (luego en voz baja á Ruy Blas) Por qué estais conmovido?

RUY. (confuso) Tanto honor!...

REI. Ea, valor!...

RUY. (bajando las gradas del trono despues de besar la mano á la Reina dice entre sí.) No puedo resistir mas!

SAL. (dando la mano á Ruy Blas) Duque, yo os felicito. (se reune con D. Pedro y D. Fernando.)

REI. (entre sí, habiendo bajado del trono.) Oh cuán feliz soy y cómo rebosa mi corazon de alegría!... No puede desearse mas señalado favor! Todas mis inquietudes se han desvanecido; gustosa habria dado el trono y aun la vida por esta hora de placer.

Ruy. (entre sí) Alegrias, honores, amor, esperanza, no habeis sido mas que un sueño engañoso; solo su recuerdo queda en mi mente todavía. (Mirando á D. Salustio) Allí está... en mí fija sus miradas con maligna sonrisa; parece un demonio burlon que hace mofa de mi dolor.

Sal. (bajo á D. Pedro y D. Fernando, señalándoles á Ruy Blas.) Le aborrezco tanto como vosotros y le desprecio aun mas todavía. Yo le haré caer; os lo juro por mi honor.

Ped. y Fer. (entre sí.) No está léjos la venganza, si no mienten sus palabras: el corazon impaciente apresura el dia con sus votos.

Cas. (entre sí; mirando á la Reina) No ve ni atiende sino á aquel á quien ha honrado: su alegría inmensa y pura se refleja en mi corazon.

Man. y Coro. Tribûtense honores al mas valiente, mas leal y mas honrado, y aprendan todos de él el camino de la virtud.

Gur. y la Duq. (entre sí, observando ya á la Reina, ya á Ruy Blas) Ella se complace en sus miradas, y él solo en ella fija la vista; hoy mas que nunca se robustece la sospecha que abrigaba.

Rei. Váyanse todos: esta noche doy un baile, y á todos invito. (Se dirige á la puerta, y todos la siguen menos Ruy Blas que se queda en medio de la escena, entregado á sus pensamientos.)

Sal. (al ir á salir, se acerca á Ruy Blas y le dice en voz baja.) No olvideis mi órden.

Ruy. (en el mayor abatimiento) Seréis obedecido!... (vase á paso lento, mientras cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Pequeño gabinete en la sala privada de D. Salustio, amueblado suntuosamente, pero con estilo grave y severo. Una puerta en medio y dos laterales. Una mesa con recado de escribir, algun libro y una campanilla. Una poltrona magníficamente dorada cerca de la mesa.

RUY BLAS sentado junto á la mesa.

Desvaneciéronse mis sueños!... Desapareció la grata ilusion que acariciaba mi fantasía con dorados fantasmas. Todo está acabado!... Oh mujer querida, sonrisa del paraiso, ángel de virtud, rayo de amor, yo te engañé... pero por delirio, nó por malvada hipocresía del corazon. Mas qué digo?... Es posible que pueda ocuparme mas mi suerte que la tuya? Ay! tu destino ha caido otra vez en manos de aquel que quiere perderte á toda costa!... Todavía no viene?... Dónde estará?... Qué pretenderá de mí? Quizás ha publicado ya nuestro amor. Tal vez le ha descubierto mi abyecto orígen, y ella ha maldecido nuestro santo afecto. El corazon se me despedaza á tal idea, y no existe en el mundo dolor mas fiero que el que estoy sufriendo. Yo que tanto la he amado, que la amaré siempre, habré sido la causa de su llanto y de su deshonor!... (se conmueve hasta derramar lágrimas) Lloras, infeliz? Ah? no es tiempo este de llorar, sino de pensar cómo podré despedazar la red infame de sus maquinaciones. Ah! qué idea! Dios me la envia!... ¿No soy yo el instrumento de su odio mortal?... Sí!... Pues todavía puedo inutilizar tus tramas y conservarle á ella el trono, la vida y el honor... (cae

en un profundo abatimiento, sin dejar de mostrarse firme en su resolucion.)

Moriré, pero nuestro amor morirá conmigo para ella. Ni una sola flor se concederá á mi tumba, ni se verterá por mí una lágrima, y el olvido cubrirá con su denso velo el féretro que contenga mis cenizas.

ESCENA II.

DON GURITANO trayendo dos espadas, y dicho.

GUR. (deteniéndose en el umbral) Señor Duque...

RUY. (volviéndose con presteza) Vos aquí?

GUR. (adelantándose y presentándole las dos espadas) Elegid.

RUY. (maravillado) Hoy?...

GUR. (con seriedad) Ahora mismo.

RUY. Os ruego que lo dejeis para mañana.

GUR. Qué?... quereis burlaros otra vez de mí?

RUY. No os pido mas que un dia.

GUR. Y yo os niego un solo instante. Ea, pues, elegid una espada.

RUY. (entre sí) Si deseo morir, ¿por qué no he de seguirle?

GUR. (presentándole otra vez las espadas) Decidios.

RUY. (resueltamente) Ya decidí. (toma una espada) Vamos pues: bajemos al jardin.

GUR. Ah! por fin!...

RUY. Seguidme.

GUR. Id vos delante.

RUY. Sí; vamos. (Salen rápidamente por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

CASILDA que entra por la puerta del centro, introducida por un paje.

CAS. (al paje, que se queda á la puerta.) Está en casa vuestro amo? (despues de una breve pausa) No responde...

(alto al paje, que no se mueve.) Desearia saber si se le puede hablar. (entre sí despues de una nueva pausa.) No hay duda, es mudo. Ah, ah, el lance tiene chiste. (alto al paje.) Decidle que le espera una dama de honor de la Reina. (el paje se inclina profundamente y vase.) No habla, pero oye; precioso paje!... No puede referir lo que ve y oye... Excelente cualidad!

El Duque va á venir... pensemos lo que le he de decir por Su Majestad. Quiero saber del Duque, me dijo la Reina, si es cierto que esta mañana me ha dirigido un pliego. Si èl no es tambien mudo, él mismo me lo dirá, y ella vendrá aquí á ver á su ídolo. (luego sonriéndose prosigue) Ciertamente que esto es una comision curiosa, muy honorífica y lisonjera!... Si alguno me viese, y leyese en mi pensamiento, buen juicio formaria de mí, á fe mia! Pero ¿qué no haria yo por ella? Ea, fuera escrûpulos! de todo me rio, y no temo las lenguas maldicientes. Si una beata, ó algun hipócrita se enterara del escándalo, sabré mandarlos á todos en hora mala.

ESCENA IV.

DON SALUSTIO, el PAJE y dicha.

CAS. Todavía no viene!... Os creia mas cortés, amable Duque. (Siéntase en la poltrona junto á la mesa, toma un libro y lo hojea distraidamente.)

SAL. (al paje, deteniéndose en la puerta de en medio, y señalándole la puerta de la derecha) Espera detrás de aquella puerta; si ves salir por ella esta mujer, corre á encerrarla en mi castillo. (el paje se inclina y sale por la puerta de la derecha.)

CAS. (dejando el libro) Qué paciencia!... Llamaré. (toca la campanilla.)

SAL. (adelantándose hácia ella cortesmente.) Aquí estoy.

CAS. (entre sí despechada y levantándose) Ah maldito!... He caido en la red!

SAL. Buscais al Duque?
CAS. (con circunspeccion) Quizás...
SAL. En vano le esperais.
CAS. Ha salido?
SAL. Sí.
CAS. Pero volverá?
SAL. Lo dudo.
CAS. De veras?
SAL. Podeis estar segura de ello.
CAS. (entre sí) Entonces el billete es apócrifo... Mejor así.
SAL. Si en lugar suyo quisieseis concederme el honor de serviros, lo haré con mucho placer.
CAS. (con malicia) Vos?... nó.
SAL. Cáspita!... Se trata pues...
CAS. Nó de vos, señor.
SAL. De un secreto?
CAS. Tal vez.
SAL. Galante?
CAS. No sé... Vos querriais hacer conmigo el papel de inquisidor; pero mi silencio sabrá castigar vuestra extremada curiosidad. No temo que me seduzcais... puedo reirme, pero hablar... de ninguna manera.
SAL. (entre sí) Sus labios, aunque mudos, me han dicho lo bastante, y pronto verá el efecto. La incauta cree que va á marcharse, y no sabe que se quedará prisionera.
CAS. (entre sí) Él querria saber á qué vengo y quién me envia, pero quedará chasqueado. Mientras él está rabiando, yo me rio de corazon... Querido mio, á mí nadie me la pega. (á D. Salustio alargándole la mano) A Dios, Marqués.
SAL. Os vais?
CAS. Sí.
SAL. Si quereis tomar el camino mas corto, esa es la puerta... (señalando la de la derecha.)
CAS. Gracias...
SAL. Por esa escalera bajaréis al jardin, y luego...

Cas. Ya sè yo el camino. (saluda y vase; la puerta se cierra tras ella.)

Sal. (se acerca á la puerta y aplica el oido con presteza, hasta que al oir un grito sofocado á la parte de afuera, suelta una carcajada, y se adelanta con la alegria del triunfo pintada en su semblante.) Esperaba burlarme!... Pobre inocente!... Ahora demos el último golpe... Paréceme oir rumor de pasos. (escuchando hácia la puerta de la izquierda.) Sí... él será sin duda!... Ocultémonos por ahora: no es tiempo todavía de descubrirme. (Vase.)

ESCENA V.

RUY BLAS que entra por la puerta de la izquierda completamente desarmado; luego la REINA.

Ruy. Herido mortalmente!... El mismo se arrojó ciego sobre mi espada!... He de ser pues fatal para todos!... Rómpase este maligno encanto... (saca un frasquito.) Mas... oigo pasos!... (deja el frasco sobre la mesa, y se dirige á la puerta de en medio.)

Rei. (vestida de terciopelo negro, con un velo tambien negro, entra por la puerta del centro.) Don César...

Ruy. (con un grito de desesperacion) Cielos!... es ella!...

Rei. Por qué estais tan agitado?

Ruy. Por qué habeis venido?

Rei. Tú me has llamado.

Ruy. Yo?

Rei. No me has escrito?...

Ruy. Qué dices?... Yo... Nó.

Rei. (sacando un pliego y entregándolo á Ruy Blas.) Lee, pues.

Ruy. (leyendo.) «Una terrible desgracia está pendiente »sobre mi cabeza...» (entre sí) Gran Dios! qué veo?...

Rei. (continuando la lectura del billete.) «Pero mi reina »puede conjurar la tormenta: os ruego que vengais »á mi casa...»

RUY. Ah! que lo habia olvidado!... (con desesperacion) Por Dios, vuélvete... estás perdida!...

REI. Perdida yo?...

RUY. Huye... déjame... sálvate.

ESCENA VI.

DON SALUSTIO y dichos.

SAL. (aparece en la puerta de en medio.) Es tarde!...

RUY. y REI. Él!

REI. (á don Salustio con altivez.) A qué venís aquí?

SAL. (friamente.) A deciros que ya no teneis trono... que ya estoy vengado.

REI. No prosigais... No os entiendo.

SAL. Me explicaré... escuchadme... Si yo descubriera ahora esta intriga...

RUY. y REI. (entre sí.) Infame!

SAL. Quedariais deshonrada...

REI. (entre sí, aterrorizada) Salvadme, Dios mio!

SAL. Y luego rechazada por el Rey, un claustro seria vuestro refugio...

REI. Estoy perdida!

SAL. Pero yo no deseo esto... lo que quiero es quitaros el trono y dejaros la libertad.

REI. Cómo?

SAL. Un divorcio os salva, y os será fácil obtenerlo (saca una carta y se la enseña.) Esta carta va dirigida al Rey con vuestro consentimiento; firmadla, y luego salid de Madrid con él. El coche está ya preparado...

RUY. (entre sí, como si le ocurriese una idea.) Ah!

REI. (titubeando.) Qué haré?

SAL. O la vergüenza y el claustro, ó ser esposa feliz de Don César. Es rico, apuesto, noble, os ama apasionadamente: el corazon de mi pariente vale mucho mas que un trono!... Lejos de aquí y bajo un mismo techo disfrutaréis la alegría y la dulzura de un amor correspondido.

Rei. Qué debo hacer?

Sal. (bajo á Ruy Blas) Trabajo por vuestro bien; quiero haceros feliz.

Ruy. Todo lo entiendo ahora!.... Ah! Satanás no puede ser mas perverso!

Sal. (á la Reina) Firmad este pliego, y luego marchaos.

Ruy. (con viveza, viendo que la Reina se dirige á la mesa para firmar) Deteneos! Ruy Blas, y nó don César, es mi verdadero nombre; no soy conde, sino un criado.

Rei. (cual herida de un rayo) Qué horror!

Ruy. (á don Salustio) Demasiado vil é infame me habeis creido, señor!... Yo soy siervo en el traje, pero vos en el corazon.

Sal. (á la Reina con fria ironía) Yo no queria ocultaros nada; todo os lo habria manifestado luego. Vos quisisteis darme por esposa una doncella vuestra, y yo en cambio os doy un criado mio.

Ruy. (coge por la empuñadura la espada de don Salustio, la desenvaina rápidamente, se lanza hácia la puerta de en medio, la cierra y guarda la llave.)

Sal. (con un rugido de rabia) Hola!...

Ruy. Callad: el rayo de mi ira estalló ya. Inútil es que llameis en vuestro auxilio á los ángeles ó á los demonios; no hay compasion para vos. Demasiado largo y horroroso ha sido el tormento que ha lacerado mi corazon! Preparaos á morir.

Rei. Os conjuro que no le quiteis la vida: yo le perdono. Prefiero perder el honor y el trono, que derramar su sangre.

Ruy. Suplicais por un hombre que tan vilmente ha tramado vuestra deshonra? Son vanos vuestros ruegos: debo y quiero castigar su infame engaño.

Sal. Abre aquella puerta, deja la espada: mal sienta el orgullo en el corazon de un siervo. Tiembla al mandato de tu amo, y teme mi furor.

Rei. Sí, por él te ruego: esa vil trama ningun poder tiene sobre mi corazon: mi venganza se cifra en

perdonarle; bastante castigado está con mi desprecio.

RUY. (atacando á D. Salustio) Muere!...

SAL. Qué intentas?

RUY. (dirigiendo la punta de la espada al pecho de D. Salustio, y haciéndole retroceder hácia la puerta de la derecha) Allí... allí...

REI. Por Dios os ruego...

RUY. Es tarde.

SAL. (desesperado) Oh furor!... Una espada!...

RUY. (con amarga mofa, siempre amenazándole). Soy un vil criado, y no podria batirme con vos.

SAL. (retrocediendo hácia la puerta, sale perseguido por Ruy Blas).

ESCENA ÚLTIMA.

La REINA, luego RUY BLAS.

REI. (cayendo de rodillas y levantando los ojos al cielo). Señor, concededme el perdon de mis culpas!... Postrada en el polvo, imploro tu bondad divina para el muerto y para el matador.

RUY. (sale de la puerta de la derecha sin espada, se detiene en el umbral, y dirigiéndose á la Reina, le dice) Ya estais salvada: ahora permitidme que os hable libremente.

REI. (con altivez) Señor...

RUY. (en tono muy humilde). Nada temais de mí... Pero permitidme que os diga que en mí brilla un rayo de honor, y que si no soy noble por mi alcurnia, lo es mi corazon. Amor que embriagó mi mente y mi alma, se enseñoreó de mí y embargó mi razon.

REI. (dando algunos pasos hácia la puerta del centro) Dejadme salir.

RUY. Una palabra todavía.

REI. Hablad.

RUY. Puedo esperar vuestro perdon?

REI. Imploradlo de Dios.

RUY. Y no lo obtendré jamás del ángel á quien tanto he ofendido y amado?

REI. (con resolucion) Nó.

RUY. (con acento de profundo dolor) Juradlo.

REI. Jamás!

RUY. Deja pues de latir, corazon (toma el frasco que está sobre la mesa y bebe).

REI. (espantada) Qué habeis hecho?

RUY. (con tristísima calma) He derramado un bálsamo en mi corazon.

REI. Cielos! Un veneno!... La muerte!...

RUY. Nó, la muerte era el vivir despreciado por vos...

REI. Si os hubiese perdonado...

RUY. Habria puesto fin á mis dias bendiciéndoos. Por Dios! concededme una mirada, una palabra siquiera... Compadeceos del infeliz, del maldito... Si he sido culpable, he pagado mi error con el mas terrible de los dolores!...

REI. Ah! óyeme, mírame, responde, yo soy la que imploro tu perdon!... Desapareció el orgullo, te hablan los gemidos de mi corazon.

RUY. (vacila) Ay de mí!

REI. (corriendo hácia él llena de espanto) Don César!...

RUY. Ruy Blas me llamo.

REI. (con un supremo trasporte de amor) Ruy Blas, yo te amo!...

RUY. (radiante de gozo) Me ama todavía! (cae).

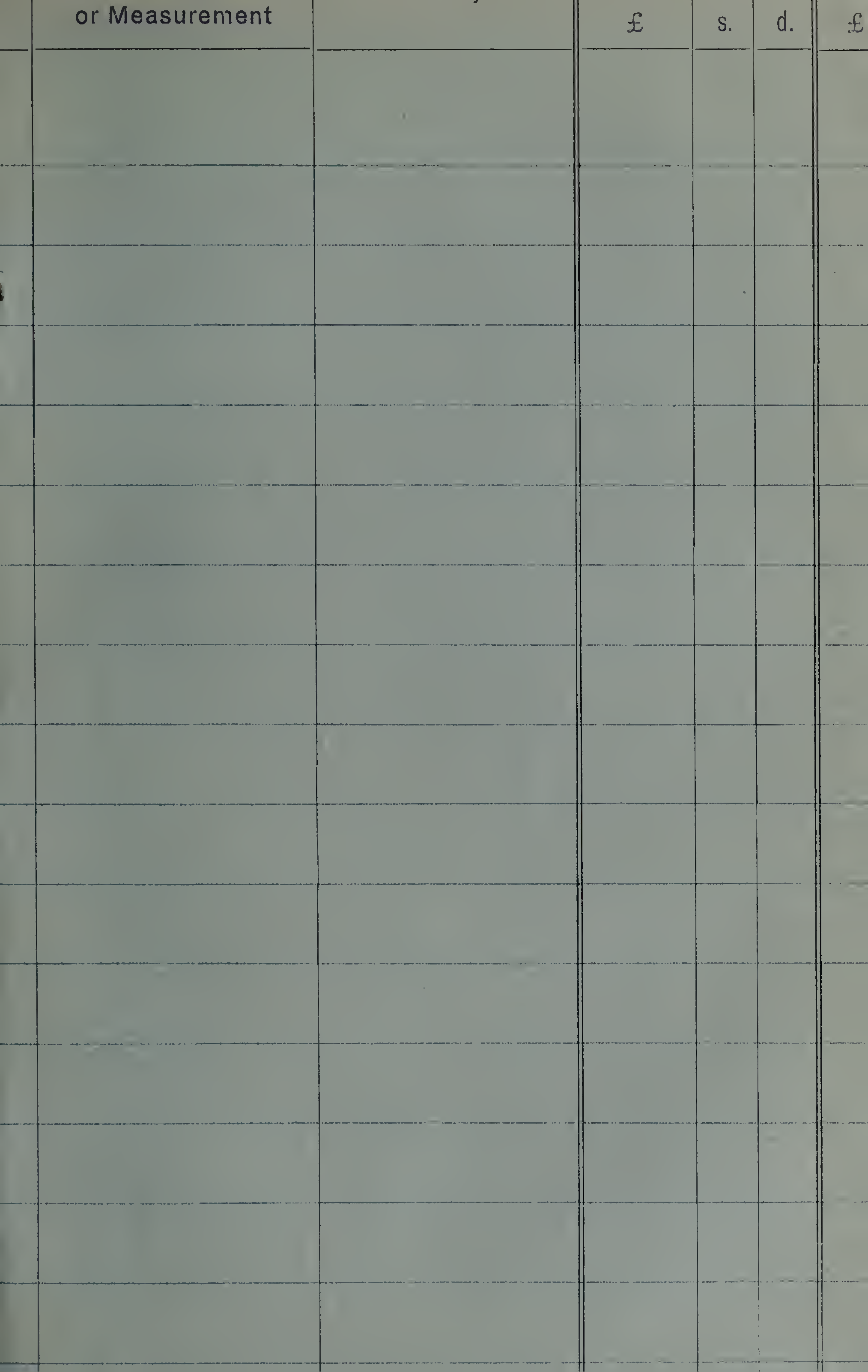
REI. Socorro!...

RUY. Es inútil. (con voz casi apagada) Muero amado, y perdonado por tu bello corazon... Muero en un éxtasis de alegría... A Dios!... (muere).

REI. Ruy Blas, respóndeme... Ruy Blas... gran Dios!...

(Se arroja sobre el cadáver oprimida por el dolor, y entre tanto cae el telon).

FIN.



	or Measurement		£	s.	d.	£

